

ENTREVISTA

PREGUNTAS A JUAN GUSTAVO COBO BORDA SOBRE LA REVISTA *ECO*

Por: Juan Moreno Blanco
(Escuela de Estudios Literarios
Universidad del Valle)

Si tomamos del fondo de nuestra biblioteca algunos números de *ECO* -después de alejarlos prudentemente para eludir el polvo- empezamos a leer en los delgados tomos de fechas en que éramos niños nombres de autores que tal vez muchos colombianos conocieron por primera vez en las páginas de esa revista. Para dar un ejemplo, en el número 88 de agosto de 1967 hay un artículo de *un tal* Joseph Ratzinger. Quienes nos interesamos en la filosofía, en la historia o en la literatura, siempre tendremos interés en volver a encontrar en esos disciplinados caracteres textos de autores que se nos harían familiares muchísimo después de ser publicados por *ECO*. Era la postguerra y también la guerra fría; por la influencia germanófila de la revista tal vez lo primero contaba más que lo segundo; eso también hacía contrapeso a la enorme influencia francesa en las facultades de humanidades de nuestras universidades. Lo curioso es que cuando desapareció la revista, cuando ya éramos adultos, o creíamos serlo, muchos no nos dimos cuenta; es como si hubiera acabado su periodo natural o como si nuestros intereses nos hubieran llevado a mirar a otra parte.

Estas preguntas a uno de los editores de *ECO* fueron hechas por vía epistolar en enero de 2013. Poeta, ensayista y editor, Cobo Borda fue subdirector de la Biblioteca Nacional y asistente de la Dirección del Instituto Colombiano de Cultura, entre 1975 y 1983; a él debemos la *Colección Autores Nacionales* de la *Biblioteca Colombiana de Cultura*. También fue agregado cultural de la embajada de Colombia en Argentina y, como asesor cultural de la presidencia de la República, entre 1996 y 1997, editó los cuarenta títulos de la *Biblioteca Familiar Colombiana*. Dirigió la revista *ECO* de 1974 a 1984, cuando ésta desapareció.

Al leer los estudios o críticas hechas sobre las revistas en Colombia a veces se siente que se habla de las revistas como si fueran una entidad con personalidad propia, desligadas de las personas que las hacen. ¿Usted diría que la revista “Eco” llegó a tener rasgos o características que le dieron una personalidad, independientemente de las personas que la dirigían? ¿Cuáles?

En mayo de 1960, apareció el primer número de ECO, una revista de 112 páginas que duró hasta 1984 y publicó 272 números. Era obra de un librero, Karl Buchholz, quien ya había tenido librerías en Berlín, Rumania, Lisboa y Madrid y que, instalado en Colombia, en la torre de Babel de 7 pisos de la Av. Jiménez 8-40, proseguía su labor cultural que lo había llevado a exponer a Paul Klee, en Alemania, y a Tapies y Chillida, en Madrid.

En esta sede de Bogotá, exhibiría también, entre otros, a Alejandro Obregón con su serie sobre las mojarras.

Los redactores de Eco fueron Elsa Goerner (el número 1 al 36), Hernando Valencia Goelkel (43 al 88). Noviembre del 63 a agosto del 67, Nicolás Suescún (N. 89 al 130). Septiembre del 67 a febrero de 1971, Ernesto Volkening (N. 131 al 152) y Juan Gustavo Cobo Borda (N. 153 al 272), enero de 1973 a junio de 1984.

Hernando Valencia Goelkel venía de Bucaramanga y su segundo apellido traía raíces germánicas. Había fundado, junto con Jorge Gaitán Durán, la revista MITO (1955 – 1962) y había pasado antes unos años en España, con Eduardo Cote Lamus y Rafael Gutiérrez Girardot. Los tres tenían beca del Instituto de Cultura Hispánica, en tiempos de Franco.

Conocía Valencia bien el mundo anglosajón y la revista New Yorker era una de sus referencias habituales. Fue, no hay duda, el más agudo de los críticos cinematográficos colombianos (Bergman, Antonioni, *Hiroshima mon amour*) y, como se ve en algunas de sus reseñas en ECO sobre Bertolt Brecht y en el número dedicado al dramaturgo alemán, no ignoraba el tema del teatro aún cuando sus más profundos ensayos, publicados en ECO, se concentraban en la novela: Malcom Lowry y Cesare Pavese, por ejemplo.

Nicolás Suescún es un cuentista ante todo, que se había formado en Estados Unidos y en Francia donde asistió a cursos de Lucien Goldmann y era un competente traductor.

Valencia Goelkel trabajaría luego para Norma, donde tradujo incluso *Rojo y Negro* de Stendhal y Nicolás Suescún vertería al español obras de Ambrose Bierce y Somerset Maugham.

Ernesto Volkening, alemán exiliado en Colombia, vivía como traductor profesional en trabajos técnicos y era asiduo visitante de la librería Buchholz. Al igual que Valencia Goelkel, ejercía la crítica de cine en la Radio Nacional y sus intereses se centraban en la Historia y en la psicología profunda de Carl Gustav Jung y en temas como el inconsciente colectivo y los arquetipos.

Su análisis de los intercambios culturales, la apropiación de bienes de raíz ajena, como se ve en sus trabajos sobre Alejo Carpentier y sus meditadas páginas sobre Gabriel García Márquez daban una perspectiva muy amplia a sus análisis y estas

últimas, publicadas en ECO, fueron, sin duda, pioneras y definitivas para el propio García Márquez. Revalorizó, igualmente en Eco, la figura de José Antonio Osorio Lizarazo y la cartografía espiritual de una ciudad como Bogotá.

Finalmente, Juan Gustavo Cobo Borda, intentaba escribir poesía y sus lecturas de entonces se centraban en Jorge Luis Borges y Octavio Paz a quienes luego trataría. Vivió y promovió, como librero en Buchholz, el auge de la novela latinoamericana (Rulfo, Sábato, Cortázar, Lezama Lima, Manuel Puig) y dos de sus ensayos aparecidos en Eco reconocen y admiran la poesía de Álvaro Mutis y la de Alejandra Pizarnik.

Como se ve, cada uno de ellos, aportó un mundo propio a los sumarios de la revista pero todos compartían la libertad de expresión, la calidad de la escritura, un mundo intelectual sin fronteras, los temas cruciales de la actualidad pero también el análisis de la vigencia u obsolescencia de las tradiciones y el reconocimiento de la importancia, cada vez mayor, de América Latina como creadora de formas artísticas, sea en la literatura, sea en las artes plásticas, sea en la ciencias sociales. Sobre estas últimas ECO aportó valiosos materiales en torno a la universidad escritos por Jorge Eliécer Ruiz, sobre la lingüística por Carlos Patiño Roselli. En la filosofía Danilo Cruz Vélez y Ramón Pérez Mantilla, quien preparó el número triple especial sobre Nietzsche, en la teoría literaria Rafael Gutiérrez Girardot y Carlos Rincón y en la poesía, sobre todo latinoamericana y española, Fernando Charry Lara. También Germán Colmenares en dos o tres entregas de ECO tradujo enfoques muy renovadores sobre la Historia, su tratamiento y la forma de escribirla.

La revista no era una publicación especializada de carácter universitario sino una propuesta que abarcaba la cultura en general, en diálogo sobre todo con Alemania y que tenía ya antecedentes ilustres como la Revista de Occidente en Madrid y Sur en Buenos Aires.

Usted fue subsecretario de Redacción y luego Redactor del último periodo de la revista, es decir que conoció de bastante cerca el funcionamiento interno ¿cómo era? ¿quién o quienes alimentaban los archivos de cosas para publicar? ¿cómo se decidía? ¿se llegó a pedir colaboraciones expresas sobre temas específicos? ¿Si se planeaba a largo plazo, había unos criterios definitorios de lo que se publicaría? ¿Cómo, cuándo y dónde sucedían las reuniones de las personas que publicaban “Eco”? ¿Había un funcionamiento de “comité”?

Cada redactor era autónomo y, obviamente, se preparaban con antelación números especiales como los ya mencionados de Brecht, Nietzsche, Canetti, Hölderlin, el cine alemán (Herzog y Fassbinder) o la literatura brasileña. La revista tenía su centro en la librería, un sitio habitual de reunión y tertulia y donde, así

mismo, llegaban de visita muchos colaboradores del exterior. El comité era más bien de simpatizantes-colaboradores que sugerían temas y contactos y, en muchos casos, traducían trabajos que consideraban de interés en la línea de la revista. En el caso de la filosofía, recuerdo por ejemplo, a los profesores Rafael Carrillo y Rubén Sierra Mejía con varias contribuciones.

¿Recuerda algún momento de cesura en que los miembros de la revista hayan hecho una reorientación de ésta? ¿En qué contexto?

Primero, como secretario de redacción, cuando Nicolás Suescún viajó a Iowa, en Estados Unidos, y luego de Ernesto Volkening y, más tarde, ya como redactor de la misma, puedo decir que si bien Volkening miraba hacia figuras clásicas como Tácito y prestaba atención a poco conocidos novelistas alemanes o belgas en mi tarea quise imprimirle una atención más cercana al tema de Latinoamérica y a colaboradores de todos los países. Sin embargo, no olvidemos cómo Volkening dedicó páginas muy válidas a poetas colombianas como María Mercedes Carranza y a cuentistas como Jairo Mercado. En fin, había más énfasis según las inclinaciones de cada redactor pero las líneas centrales se mantenían: verter del alemán al español y publicar contribuciones inéditas de Hispanoamérica.

¿Qué tan acertado es afirmar que Karl Buchholz y Ernesto Volkening fueron figuras tutelares de la revista y que eso (junto con la presencia de profesores colombianos que habían estudiado en Alemania) explica su acento germanófilo (menos pronunciado al final)?

Primero Buchholz fue quien propuso al gobierno alemán la creación de la revista y éste se comprometió a adquirir un cierto número de ejemplares que eran muy eficazmente repartidos en todas las embajadas de Alemania en América Latina y en España, como lo comprueban muchos testimonios de intelectuales y escritores de estos países que la conocieron y la admiraron y que lo expresaron por escrito, como el caso de José Lezama Lima, en la Habana, Ricardo Piglia, en Buenos Aires, Carlos Real de Azúa, en Montevideo y el gran historiador mexicano José Luis Martínez. Volkening, por su parte, fue un traductor y así mismo redactor que siempre estuvo cerca de él; de carácter, por cierto, más bien introvertido y silencioso al contrario de Buchholz, un hombre expansivo y siempre con nuevos proyectos en la mente.

Hablando de la difusión de la filosofía alemana, Rubén Jaramillo Vélez pone a “Eco” en parangón con la “Revista de Occidente”; eso lleva a recordar cómo se ha valorado a revistas como “Crítica” o “Mito” por su función modernizadora en el contexto

colombiano. Sin embargo, en su infalible ensayo sobre “Eco”, Jaramillo Zulúaga¹ nos dice que en la revista había presencia el traumatismo dejado por la guerra en época en que el “humanismo alemán todavía no salía de su desconcierto” o que se expresaba “una actitud defensiva de Europa frente al mundo” ¿Acierta Jaramillo Zulúaga al sugerir que “Eco” anunciaba estos tiempos nuestros en que Europa pierde su centralidad en la cultura del mundo?

Es evidente que en ECO se vivía en esos años el desgarramiento que significaban las dos Alemanias y un tema crucial como fue el del Holocausto que muchos colaboradores y traducciones analizaron y deploraron. De todos modos, se sentía también la búsqueda de nuevas opciones creativas que representaban figuras como Günter Grass, Heinrich Böll y Hans Magnus Enzensberger quien, conocido por Nicolás Suescún y Cobo Borda en Venezuela, fue amistoso interlocutor de la revista y permitió traducir sus textos. Todos los debates que luego se harían presentes sobre la Escuela de Frankfurt, la deconstrucción y el posmodernismo, figuras como Foucault, Habermas y Marcuse convivieron en sus páginas y dieron también espacio para que se presentara reiterada atención a quien, como Walter Benjamin, está entre los antecedentes de los mismos. Revisar esos 272 números siempre encierra inocultables sorprendentes y brinda páginas inteligentes sobre los temas que cultivó ECO y puso al alcance de sus lectores. Entre ellos, no olvidemos, una atención constante a las artes plásticas y a pintores latinoamericanos que expondrían en Alemania y conquistarían estilos propios, como fue el caso de Fernando Botero, a quien también se dedicó un número y varias contribuciones.

¹ “ECO: revista de la Cultura de Occidente (1960-1984)”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 26, núm. 18, 1989, pp. 3-17.